

¡La última baraja! murmuró Sonia arrojando a los pies del posadero una moneda, precio adelantado del camastro donde debían pasar aquella noche ... y ahora a soñar señorita Grela agregó a su compañera, cerrando bruscamente la puerta de la cobacha oscura único refugio para pasajeros pobres o transnochadores en aquel barrio extraño y doliente del puerto. ¡Y la cena! exclamó Grela ya a solas, en la obscuridad del tugurio, por qué no le ofreciste pagar mañana al viejo bestia, además yo le hubiera hecho una sonrisa, tal vez hubiera querido ... Una carcajada fría saltó de la boca de Sonia dejando ver sus dientes amarillos de olvido y continuó: después de todo hasta aquí fue mi suerte Grela, lo demás es lo demás, me siento vieja, hace 3 meses en el Hospital del Consuelo cumplí los 47 pero la vida Grela ... tú aún no tienes encima los 34 y ya lo ves ... Además qué esperanza, extraña, sola. Antes había siquiera para un traje nuevo, y se bebía bien, todos los ojos nos miraban, te acuerdas del Capitán Smith, de los marineros del "Argel", de aquellos días! ...

Pues bien Grela me he resuelto y ayer robé esto a la vieja Talía del Callejón de San Antonio. ¿Si tú quisieras acompañarme? añadió disolviendo polvo rojizo en un roto jarrón mugriento. Si tú quisieras acompañarme? Por lo menos te librarías de vivir como vives fiando tus besos que ya nadie quiere, alquilando tus entrañas escupidas de todos y de todo ... y todo para qué? Para echarse a soñar de a dos con el hambre de hace días.

II

Tienes razón Sonia, esta vida es imposible además ¡estoy cansada! hace días tuve intención de decirte lo mismo, aquella tarde cuando nos expulsaron del bar aquél y se rieron las gentes de nuestra miseria. Además todos nos temen, las mujeres nos miran asustadas, la decencia huye de nosotras y de nuestra lepra. El único que nos sigue es el hambre.

Manuscritos de una novela inédita

LA QUE SE OLVIDÓ DE AMAR

Jorge Basadre
Hildebrando Castro Pozo
Cristóbal Meza

IRMA LÓPEZ DE CASTILLA DELGADO

Directora General del Centro de Servicios Bibliotecarios Especializados

NOTA SOBRE EL PRESENTE TEXTO

En 1994 la familia de Hildebrando Castro Pozo donó a la Biblioteca Nacional, entre otros documentos, el manuscrito de una novela iniciada con Jorge Basadre y Cristóbal Meza en la Isla San Lorenzo cuando, junto a otros intelectuales y artistas, trataban de hacer más cortos y llevaderos los días de prisión política que les tocó vivir en 1927, en plena dictadura de Augusto B. Leguía.

El manuscrito consta de siete folios escritos casi en su totalidad a tinta. Solamente el último aparece parcialmente a lápiz. Hemos transcrito el texto, actualizando las formas de escritura.

Se puede apreciar en el manuscrito la presencia de tres grafías diferentes. La primera, que se extiende hasta casi el final del tercer folio vuelto, pertenecería al poeta Cristóbal Meza; la que aparece inmediatamente después, hasta casi el final del sexto folio vuelto, a Hildebrando Castro Pozo, y la última, que continúa hasta el final del manuscrito, a Jorge Basadre. Hemos tomado como fuente para la identificación de las grafías, una anotación hecha por Jorge Basadre sobre la primera página de uno de los ejemplares de su libro *La iniciación de la República* (Lima, 1930) y una copia facsimilar de la primera y última páginas manuscritas del libro *Sol, algarrobos y amor* de Hildebrando Castro Pozo, incluida en la edición de 1991. No contamos con una fuente para identificar la letra de Cristóbal Meza, pero basándonos en la referencia que hace Jorge Basadre en *La vida y la historia* (Lima, 1975, pag. 222): "... con Castro Pozo y Meza iniciamos, en ciertas horas de la mañana, una novela fantástica de ambiente peruano que, por cierto, no avanzó mucho", asumimos que la primera grafía que aparece en el texto es de él.

La referencia de Basadre citada en el párrafo anterior nos permite suponer, además, que el manuscrito que les transcribimos correspondería a las páginas iniciales de lo que esperaban se convirtiera en una novela. Lo más probable es que los autores no imaginaron, al iniciar su proyecto literario, que ese mismo año, muy poco tiempo después, la vida los llevaría por caminos diferentes.

Sobre Cristóbal Meza, cabe resumir la mención que hace Basadre de su caso en las páginas 220 y 221 de la obra citada. Este poeta joven, oriundo de Cajamarca, fue apresado por vivir a Chiang Kai-shek cuando pasaba el cortejo oficial del presidente Leguía. Se quedó en prisión mucho tiempo "*porque se olvidaron de él, nadie gestionó su libertad, nadie mencionó siquiera su nombre*". Murió en forma sorpresiva, casi enseguida de dejar la isla.

Considerando el valor histórico de este manuscrito y por formar parte de la biografía intelectual y política de Jorge Basadre, la Biblioteca Nacional, lo incluye en esta edición especial de *Libros & Artes* dedicada a destacar su vida y obra.

Tienes razón Sonia luchamos, pero ! ... ¡Pero qué!, que mañana nos sacarán como dos perras muertas y todo habrá terminado! ... y llenó la copa de aquella mujer con el líquido del jarrón roto y mugriento como esas vidas! ...

¡Salud Grela! sollozó tétricamente la pecadora ... y ambas levantaron hasta sus labios sus copas en cita trágica y maldita!. Salud Grela! Por aquel marinero lejano a quien tanto amé ... Salud Sonia! por ... pero oye Sonia yo puedo decir que me había olvidado de amar ... yo no he amado, yo también quiero amar dijo emocionadamente derramando la copa que aún no había bebido ... Yo también quiero conocer y sentir ese amor de que tanto oí hablar en mi vida y en la que nunca estuvo él ...

Encarcelada a los 13 años, allá en la lejanía de mi pueblo, en mi soñada Austria en aquella «cárcel de mujeres» que recuerdo como una pesadilla, sólo supe del encuentro brutal y doloroso, cuando el viejo capellán entró en mi celda, y me retorció entre sus brazos ... Al poco tiempo fue mi libertad y un hijo que después tuve que abandonar en la capilla de mi barrio pobre, sin saber más de él ni de su suerte ... Después mi huida de vagabunda, Y mis días sin pan, mis noches sin abrigo y sin esperanza el abandono de los míos que se avergonzaban de verme y luego mi viaje a América donde nos conocimos ... Después para qué continuar; tú recuerdas nuestras tragedias y nuestras alegrías ... y este eterno rodar de nuestros cuerpos y nuestros besos fríos ...

A ti siquiera hubo un ser que te adorara Sonia y tú también has amado! bebe pues y que termine tu vida. Yo me había olvidado de amar ... voy a buscar un hombre cualquiera y decirle que quiero adorarlo aunque se me desprecie y se me arroje! y se lanzó como una loca a la calle estrecha y fría atravesando a grandes pasos la desolación de aquel barrio extraño y doliente del puerto ... ➔

Cuando llegó a Villa Rosa y las luces de los salones iluminaron su miseria, se detuvo y volviendo sus pasos como a la triste posada de donde había salido exclamó decidida: mejor volveré para beber con Sonia mejor es terminar ... Pero ... y si ella ya está muerta? y si se me cree autora de su muerte? Y la Justicia! mejor es no volver ... o me arroja al mar ... hay tantas maneras de morir.

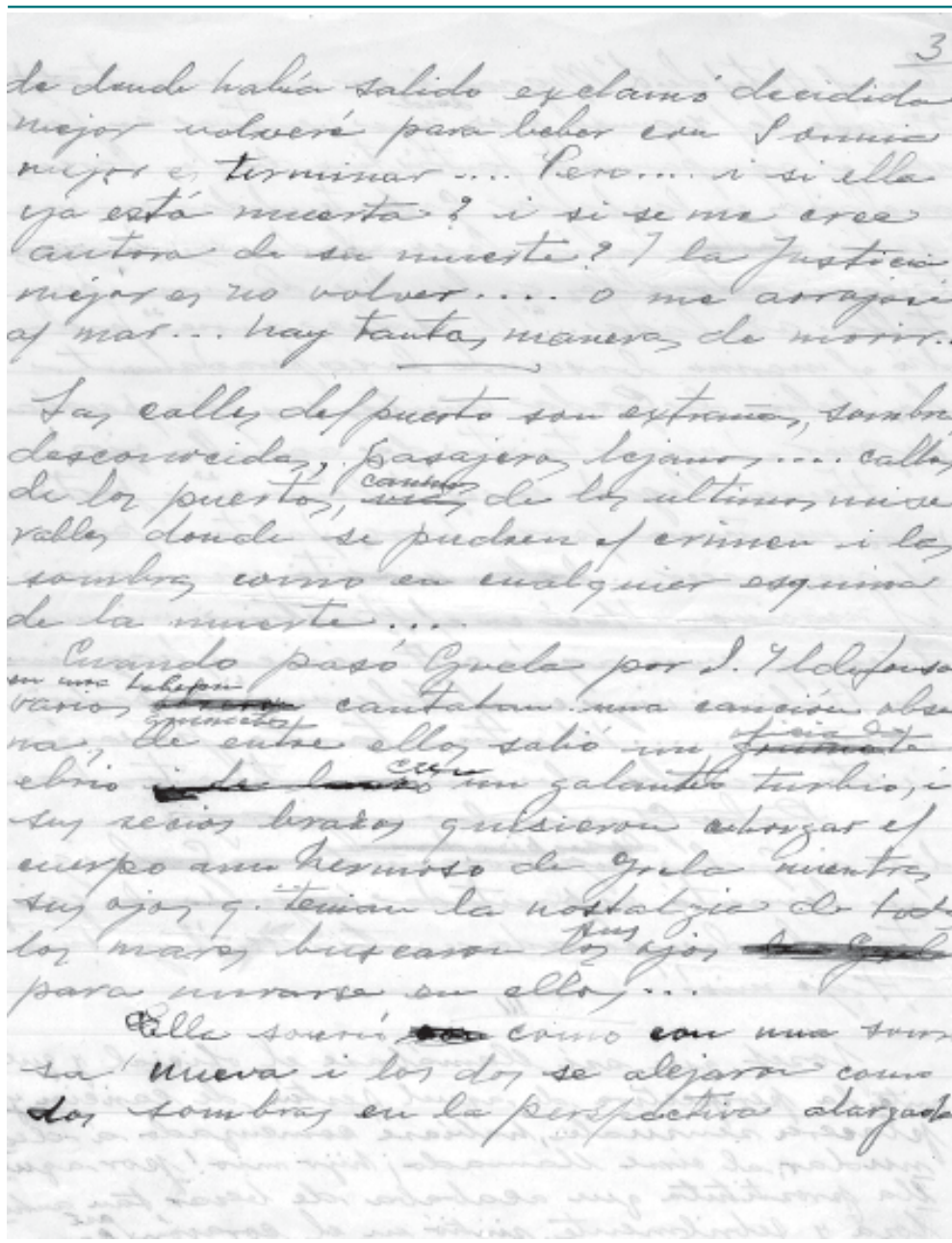
Las calles del puerto son extrañas, sombras desconocidas, pasajeros lejanos ... calles de los puertos, caminos de los últimos miserables donde se pudren el crimen y las sombras como en cualquier esquina de la muerte ...

Cuando pasó Grela por San Ildefonso, varios grumetes cantaban una canción obscena, de entre ellos salió un oficial ebrio con un galanteo turbio, y sus recios brazos quisieron abrazar el cuerpo aún hermoso de Grela mientras sus ojos que tenían la nostalgia de todos los mares buscaron los ojos para mirarse en ellos ...

Ella sonrió con una sonrisa nueva y los dos se alejaron como dos sombras en la perspectiva alargada.

En el Hotel de L'Mignon y en un cuarto rosado del segundo piso desde cuya ventana se podía ver el agrupamiento fantástico de los barcos anclados en la bahía, Grela tendida en un sofá había desnudado sus formas, todavía adorables a la luz de una pantalla azulada ... «Oh dulce amor» preludeó el marino buscando desesperadamente los labios de Grela mientras sus ojos parecían espiar el verde triste de aquellos ojos! ...

Hemos llegado en el «Alciona» y partiremos mañana pocas horas faltan para el amanecer ... murmuró el marino ... Nací en Austria, mi madre dicen que vino aquí a América, hoy vivo en Italia y viajo en el «Alciona» que partirá mañana ... Mientras tanto pasaré esta noche de amor entre tus brazos dijo a Grela que se levantó espantada gritando desesperadamente. ¡Hijo mío, Hijo mío!



III

Josef, que así llamábase el oficial y que, ante la perspectiva de aquel festín de caricias y placeres sensuales, habíase comenzado a desnudar, al oírse llamado ¡hijo mío! por aquella prostituta que acababa de besar tan ansiosa y febrilmente, sintió en el corazón así como un campanazo de angustiosa alegría y estuvo en un milésimo de arrojarse en los brazos de aquella ramera, exclamándola también, con el armonioso y simbólico vocablo con que se paga tantos heroísmos, miserias y sacrificios tantos a quien nos engendró llevándonos en su seno, como el precioso relicario de un porvenir ignoto. Pero, por no sé qué extraño impulso de repulsión y asoramiento infinitos, quedose de pie, erguido con la inmovilidad expresiva de quién duda y teme que pudiera ser evidente la realidad que palpita. ¡Ah!, tú mi madre?, guturó con marcada repug-

nancia. Sí, mi hijo, mi idolatrado hijo», volvió a exclamar Grela casi desnuda, cruzándose los brazos sobre el pecho para ocultarse los flácidos senos que tantas veces fueron besados y hastados mordidos en los paroxismos de lascividad que vendiera y que empero, siempre continuaron ignorando el dulce halago, de la manita leve y sonrosada del hijito que abandonó cobardemente. No, contestole Josef, un poco más repuesto de la sorpresa y con visible contrariedad; y acercándose a alcanzarle la camisa añadió: imposible...; eso que dices no puede ser ... Y mientras Grela se vestía nerviosa y apresurada contándole los detalles y el amargor de su turbia existencia allá, en el viejo Mundo y su definitivo aventurar por América; Josef, su presunto hijo escuchábala como distraídamente, de espaldas a la ventana, por la que percibíase el rumor del puerto y en la penumbra el

caular de las lucecillas en los barcos. No interrumpiolo con amargura, tú no eres mi madre, ni quiero suponer que lo seas ... y en su mente surgió vívida la imagen que él había soñado para aquella. Alta, esbelta y rubia, pudorosa y sonriente, ganándose honradamente la vida en los music-hall de las grandes ciudades, tañendo algún instrumento para divertir a los otros o viviendo en cambio, una existencia tranquila, dueña de pequeña hacienda, en alguna colonia agrícola de este nuevo mundo. Sí, ella debe ser como en mis anhelos y ensoñaciones, murmuró entre dientes. Tu padre fue un sacerdote, prenda mía; tu rostro acaba de tomar la actitud que cuando me aconsejaba ... ¡Ah, sus ojos!, tú, tú eres mi hijo! No, no qué contrariedad, un parecido cualquiera ... y en su mente fulguró esta condenación a la pobre mujer ¿a qué no sabe usted cuál es mi nombre?;

¿a qué no me cuenta la clase de padecimientos que le costó el salvarme la vida en los primeros años? Verdad; tú no fuiste el hijo de mi querer, porque ni siquiera había soñado tenerte; pero cuando te llevé y naciste de mi dolorida entraña, cuando te miré chiquitino, bello como aquellas muñecas que miré con envidia en las faldas de seres más felices que yo; entonces te amé, cariñando el capullo de tu rostro. Sin embargo, respon-diola implacable el joven marino, al niño con que me confunde, según acaba de contármelo, lo expuso en plena calle, donde los perros estuvieron a punto de devorarlo. Y cómo, con qué te mantenía criaturita!. Ya le he dicho que yo no soy su hijo, que es material y moralmente imposible que lo sea; de modo, dedujo Josef con severidad, que le prohíbo, que me vuelva a llamar así ... Se había erguido solemnemente y tras breve pausa comenzó a pasear.

Grela sentóse compungida en el sofá. Una ráfaga de viento frío trajo del mar el bronco mugido de un vapor que anclaba, el metálico alarido de unos perros, la copla aguardientosa de alguien que pretendía cantar un tango simbreante. El cuarto enrojecido, respiraba quietud. Por lo demás, dijo aquél, como hablando consigo mismo, eso no se puede probar. Aún más, es un absurdo imposible que debo desechar de mi mente ... Sí., esto no puede ser ... y he de averiguarlo con más calma. Pero es extraño el ... contra-tiempo. Hace, agregó dirigiéndose a Grela, más de tres meses que no viajábamos a tierra y un grupo de mis compañeros quiso divertirse... como suelen hacerlo los marineros. Grela callaba, se había enternecido y en la obscuridad de su espíritu comenzó a surgir no la duda de que el joven marino fuera el hijo que con tanta vehemencia anhelaba adorar sino la múltiple contrariedad de inconvenientes y circunstancias que para aquél, al parecer pundonoroso oficial, ella debía significar en el futuro. ¿Cómo,

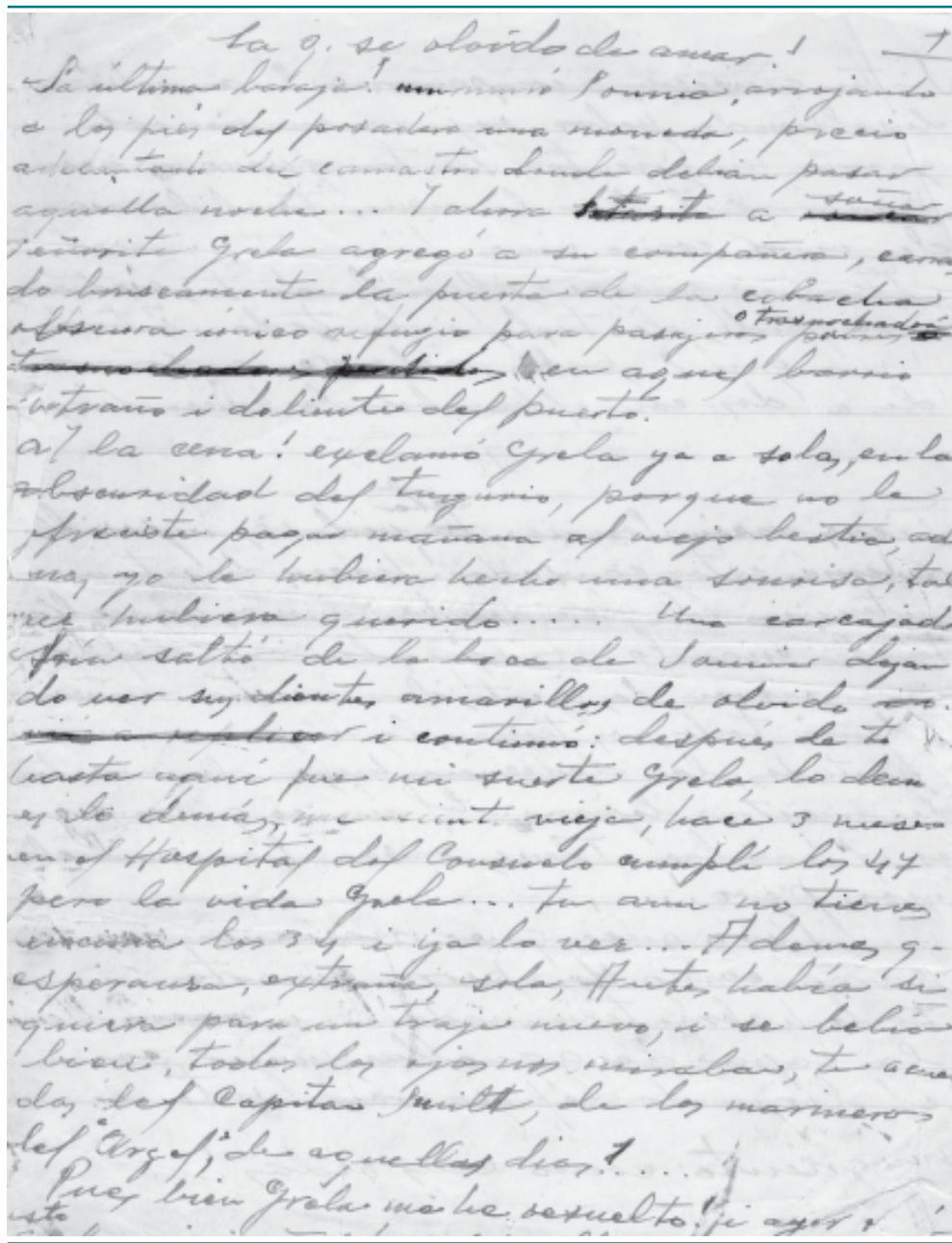
► pues, os llamaré?, interrogole tímidamente. Josef, Josef Bauer, como el noble espíritu que me inculcó el ser hombre de bien. Y ya que os habéis serenado y comenzáis a razonar, no imagináis conmigo en que ésta la más extraña aventura que habéis saboreado durante toda vuestra vida?. El recuerdo de mi madre me hace hablaros con respeto a pesar de lo que para aquí hemos venido. Basta que me la hayáis hecho tener presente para que os esté agradecido. Por lo demás, debéis tener cuidado, si es que continuáis llevando esta vida, porque alguna vez os podéis acostar con vuestro hijo ... el que buscáis y cuyo amor puede redimirnos.

Grela sollozó, ocultándose el rostro entre las manos. Aún sois joven y miro en vuestro corazón buenos sentimientos que debéis cultivar con verdadero cariño y decidida firmeza. En mí has hecho renacer un manantial de ternura hacia el recuerdo de la madre que hasta aquí he buscado con poco empeño, pero que de hoy en adelante estoy decidido a encontrar. Sintiose un puertazo, las voces agrias de personas que disputaban en la escalera rasgaron la somnolencia del hospedaje. Languidecida, aureaba la azulosa pantalla su luz tenue. Josef continuó. Me había propuesto divertir esta noche y con ese objeto me heché al bolsillo un poco de dinero. No me lo despreciaréis, tanto más que habéis perdido vuestro tiempo. Tomadlo y recorda en mí un buen amigo.

Mis compañeros me andan buscando, adiós, quizá algún día nos volvamos a ver ... Dijo esto de seguido, con la mayor naturalidad; cogió su gorra del perchero, abrió la puerta y se marchó, cerrando aquella tras de sí, serena, religiosamente, como si Grela estuviese dormida y temiera despertarla.

IV

Grela quedó sola, angustiada, con el corazón martirizado, presa de penosa desesperación. No le cabía la menor duda de que



Josef era el ser que llevó en sus entrañas, lo que más adoraba en el mundo; pero también de que ella no era digna de ser su madre, de que estuvo en el inminente peligro de perderlo y haberse perdido para siempre. Sí, para siempre ... ni como amante ni como hijo, se repitió con honda desesperanza, Y tras haber sollozado mucho tiempo, con la amargura y horridez infinitos de su pesadumbre, llegó a considerar que tal vez hubiera sido mejor que bebiera el veneno que su amiga le brindara. Mas, un repentino chispazo iluminó su alma y procuró serenar. Pugnaba la indecisa claridad de la mañana entre el brumoso horizonte; hacia allá comenzaron a distinguir los barcos como velados en la gris somnolencia de la bruma. Mansamente, cuchicheaba el mar. Si he sido hasta aquí pecadora, se dijo Grela; si no he llorado bastante, ni he sufrido la cobardía de mi bajeza; si nun-

ca he sentido la necesidad de ser honrada y buena como me ha de anhelar mi hijo, de qué me quejo?; porque me quema en el corazón que de mí se haya avergonzado? Porque, añadió tras de breve pausa, aún cuando él se haya resistido a confesarlo, no me cabe duda que él es Josef, el niño a quien expuse pocos días después de haber nacido. Allí están los ojos, la voz, el ademán, el razonar de aquel hombre que violentó mi cuerpo, que me atrajo con la fingida mansedumbre de sus rezos. ¡Ah!, y ¿cómo no lo miré antes de desnudarme? ¡Debí suponerlo ...! No, no; no se me había ocurrido ... ¡Jesús! qué monstruosidad ...! Apagose la luz; una claridad cenicienta empapaba la azulosidad tenebrosa del mar plumizo; Alguien se acercaba con pasos tardos. Pasose la mano alisando sus cabellos, restregose los ojos para borrar toda huella de lágrimas, esperó a que abrieran la

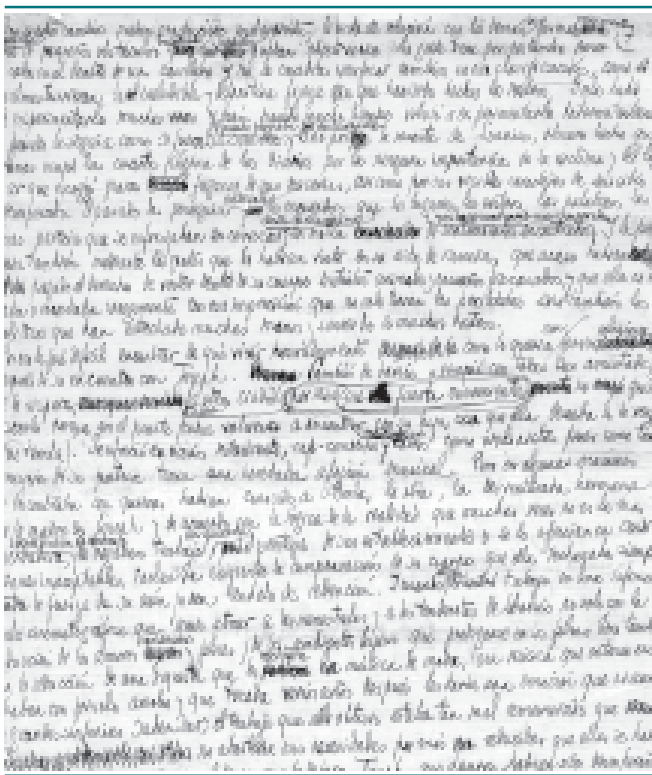
puerta. Pero no, los pasos continuaron, era un pasajero que veníase a acostar.

V

Desde la noche de aquel encuentro tan inesperado y tan desesperante, Grela torció su vida arrancándola de las playas lisas y aleves de la costumbre del pasado. Sintió una de esas conmociones interiores que echan por tierra tantas cosas que otrora parecieron irremplazables y por resultas de lo cual se aspira a borrar lo que se ha hecho y se ha sido, como el mal poeta borra más tarde las estrofas en que su inspiración se debilitó o como el corrector de pruebas corrige las erratas. Sintió un absurdo anhelo de cambiarse de alma y hasta de cuerpo y de rostro y de bañar su vida para no sentir más el hedor de lo que había sido, que ahora le parecía insoportable y que durante tanto tiempo había creído normal y a veces hasta interesante.

Pero si estos cambios pueden producirse en el espíritu, la vida de relación con los demás ha formado previamente siempre una serie de pequeños obstáculos impidiendo que aquellos puedan objetivarse. La gente tiene por costumbre poner a cada cual dentro de un casillero y no le cuadra verificar cambios en esa clasificación, como si todas las almas tuvieran la ineludible y definitiva fijeza con que han sido hechos los rostros. Grela hubo de experimentarlo muchas veces y aún pasado mucho tiempo volvió a experimentarlo intermitentemente. El pasado la seguía como si fuera su sombra. El pasado pugnaba por esclavizarla. Y no porque la muerte de Sonia, oscuro hecho que apenas ocupó la cuarta página de los diarios por la ninguna importancia de la víctima y del lugar que escogió para fugarse de sus miserias, así como por sus visibles caracteres de suicidio desesperado. El pasado la perseguía mediante los recuerdos que los lugares, los rostros, las palabras, las cosas, parecía que se esforzaban en convocar dentro de ella misma y en motín de sentimientos encontrados y en las circunstancias más inesperadas, y la perseguía también mediante las gentes que la habían visto en su vida de ramera, que acaso habían pagado el derecho de verter dentro de su cuerpo instintos animales y ensueños fracasados, y que ella no recordaba o recordaba vagamente con esa imprecisión que no sólo tienen las prostitutas sino también los políticos que han estrechado muchas manos y sonreído a muchos rostros.

Por eso le fue difícil encontrar de qué vivir honradamente como lo quería con fervor religioso después de su encuentro con Josef: cambió de barrio y rompió con todas sus amistades de la víspera; por más que fuera conveniente irse a otra ciudad no quiso hacerlo porque en el puerto podía volverse a encontrar con su hijo, cosa que ella deseaba a la vez que temía. Se ofreció en varios restaurantes,



café-conciertos y más tarde radios como violinista pues como tantas mujeres de su patria tenía una heredada afición musical. Pero en algunas ocasiones se encontraba con quienes habían conocido a Grela, la otra, la desventurada hermana de la madre de Joseph y de acuerdo con la lógica de la realidad que muchas veces no es la más verdadera, le negaban trabajo en guarda del prestigio de sus establecimientos o se le ofrecían en condiciones inaceptables, inclusive exigiendo la compensación de su cuerpo que ella rechazaba siempre [roto] la fuerza de su aún joven anhelo de redención. Y cuando al fin encontró trabajo en una ínfima sala cinematográfica que quiso atraer a las menstrualas y a las tenderitas del barrio no sólo con la seducción de los amores romanescos y felices y de los ambientes lujosos que prodigarse en los filmes. Sino también con la seducción de una orquesta que les repitiera la música de moda, esa música que entonces escuchaban con frívolo arrobo y que tocada varios años después les daría una emoción que ni aun las grandes sinfonías saben dar; el trabajo que allí obtuvo estaba tan mal remunerado que no abastecía sus necesidades por más reducidas que ellos se habían vuelto. Si no hubiera sido por el dinero que le

dejara Joseph, sus apuros habrían sido desesperantes.

Melancólicamente hubo de pensar muchas veces cuán poco era lo que la sociedad pagaba por el trabajo honradamente hecho y cuanta prodigalidad en cambio se tenía con el vicio. Lo que ella ganaba en un mes o dos ahora, lo había acostumbrado ganar en una noche en su antigua vida. Entonces a pesar de todo tenía que vestirse con insinuantes trajes de seda, imitar la vida de diversión de tanta mujer que nunca conoció y de lejos la miseria y el hambre.

Providencialmente supo una tarde por don Tulio el setentón dueño del cinema que pensaba transformarlo en sala de espectáculos, en una especie de Cabaret. Le iba a dar el nombre de «La Bella Italia», hacía pintar en las paredes con colores chillones una noche de luna veneciana y la entrada a Roma de los Garibaldi armaba a toda prisa un escenario. La fiebre [ilegible] de la postguerra [ilegible] a todos los [ilegible] de aquel puerto, se popularizaban costumbres que algunos años antes hubieran parecido inverosímiles, la disminución de las trabas morales y tradicionales, se exhibía también desde los teatros de barrio.

Don Tulio propuso a Grela que formara parte de su compañía de variedades le ofreció un considerable aumento de sueldo. Grela

guardaba cierta gratitud a don Tulio a pesar de (su) descuidada vida. Había un Tulio prendado de su mujer, corpulenta, criolla que lo dominó a gritos, tenía una hija única que habíase casado con un abogado sin pleitos, acoderado a los reales de la italo-cholita y ahora después de infinitas aventuras en la montaña, en la campiña y en la ciudad, después de haber sido contrabandista, labriego y pulpero su único placer consistía en ir los domingos con sus amigos a jugar bochas en la pequeña huerta que se había comprado.

Grela aceptó la propuesta, sabía bailar, su voz aunque pequeña era armoniosa, con ese encanto que suele hacer a veces las lámparas de aceite más gratas que los grandes focos eléctricos podría cantar algunas de las canciones de su patria lejana que en aquel sitio sonarían como algo exótico y por eso interesante dentro de la melancolía que hubiera puesto en ellas, de acuerdo con su rostro mismo que aun tenía una expresión de ingenuidad y que estaba adquiriendo una dulce belleza pensativa. Además como el dinero de Joseph ya se estaba acabando; su nueva situación económica solucionaba el problema.

Pero la misma tarde en que debía debutar, don Tulio la quiso hacer suya. Grela se resistía con ira acrecentada por la sorpresa. Si hay otras que me piden que yo haga esto para entrar ellas aquí la gritó don Tulio en un paroxismo brutal que no podía haberse [ilegible] en él y le propuso enseguida con una serenidad artificial tenerla permanentemente de querida. Ella, la que se había olvidado de amar huyó horrorizada porque todos los hombres eran en el fondo iguales a los otros porque su aún latente belleza de mujer era fuente de [ilegible] de deseos impuros, porque su belleza unida a su pobreza eran un obstáculo fatal en el camino que anhelaba recorrer un obstáculo aun más terrible que su propio pasado. ■

UNA IMAGEN DE LA BIBLIOTECA NACIONAL

Jorge Basadre

La estampa de la Biblioteca Nacional, tan familiar para los estudiosos hasta mayo de 1943, es ahora un recuerdo que va esfumándose y embelleciéndose con el tiempo hasta que nadie viva para evocarlo. La puerta de entrada abríase a la calle de Estudios; y, al atravesarla, se ingresaba en un claustro con sobrios portales en los cuatro lados y un amplio espacio descubierto en el centro. Era la clásica vista de un convento antiguo lleno de una nobleza que los pretenciosos edificios modernos no suelen tener. A la izquierda, en toda el ala de los bajos, estaba el Archivo Nacional con sus altos y empolvados muebles de madera, llenos de expedientes. La Biblioteca ocupaba sólo el centro y el ala derecha del edificio en ese piso. Una escalera de mármol, también al extremo derecho del patio, conducía a los altos, donde hallábanse las salas de conferencias y de sesiones y la biblioteca de la Sociedad Geográfica, en mi época no muy frecuentada. En ese piso vivió don Ricardo Palma con su familia.

Antes de entrar en dicho establecimiento, hallaba el visitante en los últimos años anteriores al incendio, la columna sobre la que se erige la cabeza del tradicionista, esculpida por Piqueras Coto. Un pequeño corredor daba acceso, a la derecha, a la sala de la Dirección; a la izquierda a un depósito de revistas; y, al fondo, al salón de lectura. La Dirección tenía sólo los muebles necesarios, sin ostentación alguna y en sus estantes de madera guardábanse algunos documentos considerados muy valiosos, como los tomos correspondientes al archivo Paz Soldán, las memorias del general Luis La Puerta y los folletos de la colección Zegarra. Un retrato de don Ricardo Palma, obra de Teófilo Castillo, pendía de la pared, detrás del modesto escritorio del Director. La sala de enfrente, jamás abierta, albergaba colecciones no leídas de revistas europeas, en su mayor parte españolas y francesas, que se repartían en las estanterías insertas en la pared del piso y en un altillo al que se subía por una escalera de caracol perteneciente a la misma armazón. Más el fondo y colindante con el Archivo Histórico, hallábase una segunda sala de depósito, sin estanterías, donde en su suelo estaban hacinadas, en enormes montones, revistas europeas, la desencuadernada mayoría perteneciente a los años posteriores a 1912 y anteriores a 1918. Entre ellos hallé alguna vez *El Motín*, periódico anarquista de Barcelona, seguramente de la época en que fue Director Manuel González Prada. ■

Jorge Basadre. *La vida y la historia*. Lima, 1975, 622 p.